

# LA TERTULIA.

DIARIO PROGRESISTA-DEMOCRÁTICO DE LA MAÑANA.

AÑO II.

Domingo 20 de Octubre de 1872.

NÚM. 288

## LA TERTULIA.

MADRID 20 DE OCTUBRE DE 1872.

### CRÓNICA PARLAMENTARIA.

#### CONGRESO.

La mayor parte de la sesión de ayer se ocupó en la discusión del acta de Gaucín, sobre la cual la comisión ha formulado dictámenes favorable, y voto particular el digno individuo de la misma Sr. Olave. La discusión comenzó por este voto, en que se propuso la anulación del acta y que se proceda a nuevas elecciones; su autor se levantó a apoyarle, y pronunció un extenso discurso en que reveló facilidad notable de palabra, franqueza poco común y recto juicio, por más que en la cuestión de las elecciones de Gaucín, cuestión legal y de derecho, antes que política, no nos pareciera haberse colocado en el terreno de la justicia.

Los débiles argumentos con que el señor Olave apoyó su voto particular, fueron contestados y rebatidos sin grande esfuerzo por su compañero de comisión el Sr. Guardia, orador fácil y correcto, quien hizo comprender al Congreso que aquellas elecciones no han pasado de los límites de una lucha reñida; pero sin que haya habido esos atropellos, esas coacciones que oscurecen la verdad de los hechos y no permiten formar juicio sobre cuál sea el candidato favorecido por la libre voluntad del cuerpo electoral. Para conseguir su objeto, historió los sucesos ocurridos en el distrito de Gaucín, y concluyó lamentando que no haya venido a ocupar un puesto en el Congreso un orador parlamentario de la importancia del Sr. Ríos y Rosas; aunque observó, con mucha oportunidad, que no es esto lo verdaderamente extraño, sino el que, siendo republicanos en su mayoría los electores del distrito de Gaucín, según reconoció el Sr. Olave, haya salido otras veces diputado por dicho distrito el conservador Sr. Ríos y Rosas. No es esto, sin embargo, muy extraño, si se tiene en cuenta que el *gran disidente*, como le calificó el Sr. Olave, siempre ha procurado presentarse ante los comicios ayudado por la influencia moral y material de los gobiernos a quienes poco tiempo después ha salido hostilizar.

Para hablar en pró del voto particular obtuvo la palabra el diputado conservador Sr. Romero Ortiz, quien, como era de esperar, esforzó los argumentos del Sr. Olave y exageró los hechos ocurridos, sin que por eso hicieran mella en el auditorio sus voces y sus ademanes, pues a todo el mundo se le venía a las mentes, al oírle increpar duramente al gobierno por las supuestas coacciones ejercidas en Gaucín, que el Sr. Romero Ortiz, antes de ser conservador de la revolución, fué unionista, y que por lo tanto debían serle muy conocidos los procedimientos usados por Posada Herrera y por Sagasta para falsear en los comicios la opinión pública. ¡Qué prestigio había de tener, pues, la palabra del Sr. Romero Ortiz condenando abusos electorales, que después de todo el gobierno no ha pensado siquiera en cometer! Por lo demás, la aseveración con que para hacer fuerza en el ánimo de la mayoría acabó su discurso el diputado conservador, es un recurso tan gastado que ya no produce efecto, que si la Cámara desecha el voto particular y aprueba el dictamen de la comisión, es porque la mayoría tiene miedo a las terribles censuras del energico tribuno; lo mismo se dijo respecto del Sr. Sagasta, y es lo cierto que semejante temor no ha existido nunca, puesto que la actual situación tiene perfectamente tranquila la conciencia, y los ataques apasionados no han de hacerle daño, vengan de donde vinieren.

Suspendido este debate, el diputado republicano Sr. Figueras dirigió al ministro de la Guerra una pregunta sobre formación de consejos de guerra para juzgar a los insurrectos del Ferrol y disposiciones tomadas para que no se ejecutase sentencia alguna capital sin conocimiento del gobierno. Confesó el general Córdova que hace tiempo tenía dadas instrucciones a todos los capitanes generales para que no se ejecutase sin previo aviso sentencias de muerte, y que por lo mismo no había creído urgente repetir la orden con motivo de lo acaecido en el Ferrol, aunque lo haría anoche mismo. También añadió que eran más de 1.000 los prisioneros, y que aún no se ha constituido consejo alguno de guerra.

Acto continuo, el señor presidente del Consejo de ministros se levantó a rectificar algunas frases del Sr. Figueras sobre las noticias comunicadas telegráficamente a provincias acerca de las declaraciones hechas en la sesión del martes por el Sr. Pi y Suñer y justificó las intenciones del gobierno, el

cual ningún interés tiene en alterar las palabras que pronunciaron los diputados.

Después de las explicaciones del Sr. Ruiz Zorrilla y del Sr. Pi, continuó la discusión del proyecto de ley llamando 40.000 hombres al servicio de las armas. Tenía que hablar en defensa de su enmienda el republicano señor Gonzalez Janer, y a pesar de faltar bastante aún para terminar las horas de reglamento pidió que se le permitiera comenzar el lunes, a lo cual no pudo acceder la mesa, estando como está en el espíritu del Congreso aprovechar bien el tiempo. Habló, pues, el orador republicano, y llegadas las horas de reglamento se preguntó por el señor presidente de la Cámara si se prorrogaba la sesión. La minoría republicana, que parece empeñada en dilatar cuanto sea posible la aprobación del proyecto de ley de que tratamos, como lo prueban las numerosas enmiendas presentadas por aquella, pidió que el acuerdo se tomara en votación nominal y este fué afirmativo, no obstante los deseos de la minoría, que, una vez prorrogada la sesión, hizo empeño en entorpecer el debate, olvidando con sensible ligereza que la mayoría tiene sobrados recursos dentro del reglamento para conseguir que la discusión avance con la necesaria rapidez. ¡Querían, por ejemplo, los señores republicanos que el Congreso se declare en sesión permanente? Ello fué que el Sr. Gonzalez Janer se extendió con notoria intención de consumir tiempo, logrando excitar repetidas veces la hilaridad de la Cámara, y cuando cansado ya, tuvo a bien sentarse, y la comisión declaró que no aceptaba la enmienda, la minoría republicana se retiró del salón para impedir, por falta de número suficiente, que aquella quedara definitivamente desechada.

Conducta semejante, si no es muy hábil, en cambio tampoco es parlamentaria ni patriótica.

#### SENADO.

La discusión del proyecto de mensaje en contestación al discurso de apertura del Parlamento, vá adquiriendo mayor animación le día en día, dando lugar a sesiones importantes en sumo grado y en las que, como en la de ayer, pudieron escucharse frases tan elocuentes como las pronunciadas por el señor ministro de Ultramar y por el eminente orador D. Juan Bautista Alonso.

Después de terminar el Sr. Eraso su discurso en nombre de la comisión, combatiendo las ideas emitidas en la sesión anterior por el Sr. Benot, y rechazando los injustificados ataques que el senador republicano dirigió al partido radical, el Sr. Gasset se levantó a responder a los cargos que le dirigió este senador sobre su conducta en el departamento de Ultramar.

El Sr. Benot acusaba al gobierno de la revolución de haber arrancado sus derechos a los cubanos, cuando precisamente la revolución los reconoció en los ciudadanos de aquellas islas que no habían levantado el pendón de guerra contra España; acusaba al actual ministro de Ultramar por haber dictado las oportunas disposiciones para evitar toda clase de abusos y de fraudes en los embargos de bienes de los insurrectos, remitiendo, cual la justicia aconseja, la decisión a los tribunales; quiso hacer recaer sobre el Sr. Gasset la responsabilidad de que todavía existiese en nuestras Antillas la esclavitud, a cuya total abolición tienden las sabias medidas adoptadas por el ministerio, y trató, en una palabra, de envolver al ministro de Ultramar en la responsabilidad de actos que no han sido suyos, y que, por el contrario, ha atacado siempre y que hoy modifica conforme a la regla de conducta, que basada en la práctica de la libertad y en la más completa moralidad, tiene trazada el partido radical.

Pero acusaciones tan faltas de razón y de verdad, merecían el más severo correctivo y el Sr. Gasset, a pesar de hallarse enfermo, acudió al Senado y lo puso completo a tan ligeros como injustificados ataques.

Con noble indignación rechazó el señor Gasset estos ataques que pudieran hallar eco tal vez en algunas personas que no conocieran bien sus actos como ministro responsable, y sobre todo en los enemigos de la causa de la libertad, manifestando que el gobierno estaba decidido a seguir una conducta enérgica con los que se han rebelado contra España, al mismo tiempo que a llevar a nuestras Antillas todas las conquistas de la revolución cuando la insurrección terminase, como las ha llevado y planteado en Puerto-Rico. Para apoyar más sus asertos en favor de la política del gobierno en Ultramar, leyó algunas de las cartas que ha dirigido al capitán general de la isla de Cuba, en las que se encarga la mayor actividad en

la pacificación de aquel territorio, y se recomienda la mas estricta justicia para que en la administración reine la moralidad que debe presidir a todos los actos de un gobierno, cuyas aspiraciones son desterrar todo abuso en beneficio de los intereses de los ciudadanos españoles.

Ocupándose de su gestión económica, otro de los puntos sobre que argüía sin conocimiento de causa el Sr. Benot, supo probar hasta la evidencia la necesidad que había presidido al decreto de arreglo de la Deuda de Ultramar, recientemente publicado. La situación económica de Cuba era deplorabile; los gastos ocasionados con motivo de la guerra habían obligado al Banco de la Habana a emitir más de 35 millones de pesos en papel, que se veía ya rechazado, especialmente por la clase obrera; el valor del dinero y el cambio había subido a un precio elevadísimo, y todo hacia prever una crisis económica, atizada por el filibusterismo, fatal para los intereses españoles y necesaria de terminar, como lo ha conseguido el señor Gasset, normalizando esa Deuda y ofreciendo a nuestros compatriotas en Cuba una garantía segura en los difíciles momentos por que se atravesaba en aquella isla.

También rechazó los ataques que se han dirigido en estos días por varios oradores, en ambas Cámaras, a los defensores de la integridad nacional.

Las palabras del Sr. Gasset, que fueron escuchadas con respetuoso silencio y aplaudidas por el Senado, son el más amplio veredicto de su conducta como ministro y de la conducta del gobierno en las cuestiones de Ultramar, que con tanto ahínco han atacado las oposiciones en estos últimos días.

A continuación, el Sr. Alonso pronunció un elocuente discurso, lleno de la erudición que distingue a tan ilustrado orador, refutando con profusión de razones lo dicho por el Sr. Benot en contra del proyecto de mensaje.

El Sr. Diaz Quintero usó después de la palabra para alusiones, proporcionándonos la satisfacción de oírle hablar por primera vez sin acritud y tan descabelladamente como suele hacerlo, siempre que se ocupa de asuntos de Ultramar y de los voluntarios de Cuba.

Las declaraciones del presidente del Consejo de ministros en el Congreso, han influido eficazmente en el ánimo de los republicanos que habían adoptado en la cuestión de Ultramar un método de ataque poco arreglado a la sensatez que debe esperarse de los elegidos de la nación, haciendo desistir de sus erróneas apreciaciones al Sr. Salmeron en el Congreso, y dando ocasión para que al ocuparse ayer en el Senado el Sr. Diaz Quintero de la protesta que el centro hispano-ultramano había redactado contra sus palabras acerca de los voluntarios, no confundiese en sus injuriosas diatribas a toda una institución, haciéndola responsable de los actos de algunos de los que a ella pertenecen.

#### A «EL CLAMOR PÚBLICO.»

Encontramos en el diario neo-alfonso un artículo escrito bajo el lema de *Lógica radical*, que bien pudiera llamarse artículo de las inconsecuencias, por las muchas en que incurrir a sabiendas, si bien revistiéndose de formas seductoras, acaso para el que ignore la historia del último reinado.

Acusa *El Clamor* de ambicioso al señor Ruiz Zorrilla porque este desea que sus ideas políticas vayan infiltrándose en los diferentes partidos en que la opinión del país se encuentra dividida; porque aspira a la unión de todos los españoles bajo la enseña del partido radical; porque ansia la libertad y la ventura de la patria. ¡Es ambicioso el que anhela la universalidad de un sistema, por el que se siente lleno de fe, y por cuyos principios se sacrifica?

Entonces, señores ambiciosos de *El Clamor*, ¿por qué deseáis la propaganda de vuestro sistema? ¿Qué entendéis por hombre que profese una idea política? ¿Qué sois vosotros sino unos ambiciosos, pero de la peor índole, puesto que queréis lograr la realización de vuestra política por medio de perturbaciones, de revueltas y de motines? Ambiciosos sois, pero de los que quieren obtener el poder a costa del oprobio de la patria, de su decoro y del de la monarquía, pues no es posible que en el solío castellano tome otra vez asiento, quien fué arrojado de él por tirano y por causas sobradamente conocidas de *El Clamor*. No hablemos de la purificación de la dinastía caída, ni de que sabidos los errores puedan con el tiempo y la experiencia subsanarse; en este punto copiamos a nuestro colega:

«El vaso donde hubo una fuerte dosis de vitriolo corrosivo, dice, conserva siempre impregnada en su cristal tan mortífera sustancia; el lecho profanado por el adulterio, no recobra nunca el perfume de su primitiva castidad; el huracán desencadenado, no pasa sin dejar huellas profundas de su inmenidad y de sus estragos.»

¿Cómo es posible que *El Clamor*, después

de tal confesión y de asentar tal teoría, sueñe aún con la restauración de una raza tan impura que nada la puede purificar? ¿Cómo defiende nuestro colega una ilusoria legitimidad, para creer en la cual hay que reducir a cenizas un lecho que perdió su casto perfume? ¿Cómo el vaso de la tiranía puede presentarse jamás limpio del corrosivo veneno del despotismo? ¿Cómo el huracán de la revolución de Setiembre, había de haberse desencadenado para no arrollar en su paso la viciosa y carcomida dinastía borbónica? ¿Cómo han de borrarse del tiempo y de la historia las huellas que la libertad y la democracia dejaron impresas en el rostro de la degradada familia borbónica?

¡Nosotros monárquicos sin fe! ¡Nosotros sacerdotes monárquicos sin templos ni altares! ¿Cuáles son los templos de la dinastía de los hombres de *El Clamor*? Unas cuantas redacciones, donde se quema incienso a un ídolo de cieno y de barro, sombra-recuerdo de los memorables festines que se celebraban sobre la humeante sangre de la España; templos donde se falsifican todas las ideas políticas para el logro de su afán, donde se disfrazan las tiranías con máscaras de libertades; donde hoy se grita y patea sin riesgo a la deportación y la muerte, porque la libertad no es como en otros tiempos, vil hipocresía.

Nosotros tenemos por templo el Parlamento; por ídolo la ley; por pira la libertad y la democracia que todo lo purifican. Nosotros no debilitamos la autoridad régia; nosotros atajamos no más a los reyes, cuando tienden al despotismo, para que se abstengan de retroceder, y les obligamos a que continúen por la senda de la legalidad, de la libertad y del progreso, impelidos por el vigoroso brazo popular que les sirve de apoyo y de sosten en su marcha.

Dinastía de 191 hombres, en un país que cuenta 16 millones de españoles, llama nuestro colega a la dinastía de Saboya. Matemático creemos a *El Clamor Público* en este punto de tanto fundamento, pero si tal ciencia aritmética usáramos para el calaverilla Puigmollet, con tanto sentimiento suyo, (aunque a monarca llegara el hijo de su madre) nunca pudiera obtener más votos que los de los 400 diputados, representantes de la nación; y además, adoptando tal sistema, llamáremos nosotros al candidato de *El Clamor* el rey de los 9, con lo que quedamos en paz, y resalta a la vista la cantidad de vasallos que ha logrado adquirir después de haber gobernado su madre 35 años, y de cuatro de *desdorado liberal* que llevamos (según los borbónicos) durante los cuales siempre habrán ganado alguno que otro prosélito. Y concediendo a *El Clamor* verdad en sus juicios, y exactitud en su lógica, y toda la fuerza posible en sus argumentos, encontramos mucho más natural que ocupe el solío un monarca que cuente con la simpatía de 191 constituyentes, que el que tiene en su pró la microscópica cifra de 9 diputados. Esta es la lógica numérica.

Esperamos noble y desinteresadamente, dice *El Clamor*, a la sustitución de la dinastía de Saboya, por aquella legítima proscripita por los conspiradores e insurrectos de 1866 y 1868.

Entre los conspiradores e insurrectos a que *El Clamor* alude, alguno habrá y no poco interesado en que la insurrección derribase a doña Isabel, que fué proscripita por ella antes de conseguir verla proscripita, y ahora unos y otra son dignos de las alabanzas del periódico ex-progresista, a cuyos ojos la legitimidad al trono español vaga errante desde 1866, posándose ya en unos individuos, ya en otros, y se coloca por fin sobre las cabezas de Montpensier y D. Alfonso, al mismo tiempo que sobre la de doña Isabel.

La aspiración de *El Clamor* es que ocupen el poder, invocando su legitimidad, dos personas encontradas, que anduvieron conspirando una contra otra, y se proscribieron mutuamente; que olvidaron los lazos de familia para satisfacer su ambición, y los recuerdan hoy con los mismos fines, dando al olvido las mutuas ofensas y saltando hasta por cima de la tumba del enemigo político, que llevaba para ellos el nombre de hermano.

«Es preciso, dice para concluir el diario bastardista, que la lealtad castellana restablezca el trono que la deslealtad derribó.» ¿Y eso se consigue colocando al desleal? ¿Eso se consigue con los insurrectos y conspiradores de que habla el colega?

La lealtad castellana, acorralada en las montañas de Asturias, cuando D. Rodrigo sepultó su deshonra y su vergüenza en la triste jornada de Guadalete; la lealtad castellana alzó sobre el pavés al hombre que creyó digno de regir los destinos de la España.

Cuando Isabel fué a llorar su derrota, a sepultar su pasado y su vida lejos de la patria que la vio nacer, y que la desterró en castigo de su criminal conducta; la lealtad castellana alzó sobre el pavés de la libertad y la democracia al nuevo rey, de cuya dinastía espera días de gloria, días de felicidad y de ventura.

Continúe en sus sueños de restauración ilusoria nuestro colega, y no eche en olvido los siguientes versos de un malogrado poeta:

Nadie recoge las hojas

Que aromas no tienen ya.

Ayer tarde se ha recibido en los centros oficiales el siguiente telegrama:

«Puentedeume, 19 (2 y 12 tarde).—El coronel Salasmanca al ministro de la Guerra.

De vuelta la columna, regresó al Ferrol a las órdenes del capitán general. No queda un solo insurrecto en armas. Tengo veinte prisioneros hoy y armas.

Después de esto es claro que los sucesos

del Ferrol vienen a poner todo el interés que tuvieron; sin embargo, no está demás que digamos a nuestros lectores que los prisioneros hechos pasan de 1.200, contándose entre ellos 800 marinos y 40 guardias de arsenales.

En cuanto a los genes de la insurrección se sabe que Pozas con un cura (¿) marchaba hacia la montaña, que Vega había pasado el río Eume y que Montijo se dirigía a Mamiños, acompañado de un guía, después de haber atravesado a nado la ría de Puentedeume, donde se ahogaron diez insurrectos que quisieron seguirle.

La *Epoca* dice que *La Tertulia* debe haber oído los rumores de crisis ministerial, y nosotros aseguramos que no hemos oído tales rumores.

Es verdad que los sagastinos y alfonsinos han dado en la manía de ir diciendo por la calle y de repetir a cada instante en los cafés y teatros, aunque se hallen solos: ¡hay crisis! ¡hay crisis! y es cierto también que en sus periódicos, incluso *La Correspondencia* (edición montpensierista), se dice o se da a entender lo mismo; pero este caro colega es una muletila y no un *rimor*.

Han informado mal a *La Política* en los círculos que frecuenta. No se ha dado en el orden de la plaza el género de invenciones a que se refiere el colega, porque no hay temor de que estallen en Madrid tumultos en las condiciones que lo creen los amigos de *La Política* y los directores de algunos periódicos alfonsinos que ayer hicieron para sus casas provisiones de boca, como si hoy hubiera de venir el diluvio.

El vecindario de Madrid no cree ya en *La Política*, sepálo *La Política*.

La mayor parte de los periódicos que ayer recibimos del extranjero, insertan en sus columnas trozos del último discurso que pronunció el Sr. Ruiz Zorrilla en el Congreso y del que se ha ocupado también toda la prensa de provincias, por las levantadas y sanas ideas que en él se contienen, como por la verdad de sus razones al demostrar al Congreso la situación de los partidos y de las fracciones en que se hallan estos divididos.

España necesitaba un hombre como el Sr. Ruiz Zorrilla, y ha hallado en el presidente del Consejo de ministros, la lealtad, la energía, el patriotismo y la abnegación que él buscaba.

Hoy en el extranjero como en la Península se cree indudable que quien ha de sacar a España triunfante en todas las aspiraciones de la revolución de Setiembre, es el partido radical, teniendo a su frente al Sr. Ruiz Zorrilla.

La *Epoca*, lo mismo que *La Política*, viólele ne en su número de ayer tratando de alarmar al vecindario de Madrid, de sacarle de ciertas prevenciones que dice se hicieron en la orden del día a los cuerpos de la guarnición.

La noticia reproducida por los diarios conservadores tiene todos los visos de una consignada preparada como medio de mantener latente la excitación que tratan de producir en el pueblo madrileño. Pero no cansen en vano los conservadores; los vecinos de la capital de la monarquía son más sensatos que ellos, y saben despreciar noticias tan faltas de verdad como las que pro palan los conservadores.

¿Será tal vez el director de *La Epoca* uno de los que, como decimos en otro lugar, han hecho provisiones para seis meses lo menos? ¿Querrá con el ejemplo engañar a los incautos?

Esfuerzos vanos, nadie cae en el garlito; todo ello es solo ¡música! ¡música! ¡música!

Contra lo que han venido sosteniendo los periódicos de oposición y en consonancia con lo que desde el principio hemos dicho respecto a la ninguna parte que la Maestranza del Ferrol ha tomado en la insurrección de aquel departamento, hizo anteayer en el Congreso el Sr. Beranger declaraciones sumamente explícitas.

El ministro de Marina contestó cumplidamente a la pregunta que sobre el asunto le había dirigido un señor diputado, afirmando terminantemente que la Maestranza, lejos de tomar parte en la insurrección, se había opuesto a ella, y se manifestó muy satisfecho de que se le presentase aquella ocasión de pagar el debido tributo de justicia a los leales y honrados trabajadores del arsenal. Indudablemente estos experimentarán también una inmensa satisfacción cuando conozcan las frases que su jefe les ha dedicado.

Las declaraciones hechas anteayer en el Congreso por nuestro querido amigo el señor Corcuera haciendo constar la identidad de aspiraciones que entre el gobierno y la milicia nacional de Madrid existe, han causado el mejor efecto entre los voluntarios de la libertad, de quienes gratuitamente, supuesto el diputado republicano, Sr. Navarrete, que no merecían confianza al gobierno.

Como el último que soy de sus individuos, dijo el Sr. Corcuera, cumpíeme hacer presente que esa milicia está identificada con la libertad, y está al lado del gobierno que representa esa libertad; por tanto, que el gobierno tiene en ella gran confianza, y sabe que está dispuesta a derramar su sangre en defensa de la libertad y de la nación española.

Y las patrióticas frases de nuestro amigo particular y político han sido, en efecto, eco











